

Despacho hasta que ocupó el puesto de Secretario el Ing. D. Manuel Bonilla, y Guerra y Marina, el señor General D. Eugenio Rascón. Al mismo tiempo, entraban como Gobernadores Provisionales de los Estados de Coahuila y Chihuahua, respectivamente, los señores D. Venustiano Carranza y D. Abraham González, que habían sido partidarios de la revolución. De este modo se garantizó que el triunfo de la causa defendida por el señor Madero sería indiscutible.

La agitación pública que reinara días atrás, se trocó en el más franco de los entusiasmos. La sociedad entera se prometía para un futuro cercano una era de prosperidades y venturas, y para entrar en ella se decía que únicamente faltaba exterminar las gavillas de bandoleros que infestaban á la Nación y licenciar á los revolucionarios que permanecían en armas y con organización militar.

Hubo hasta una enérgica reacción en los negocios. Se habló de capitales que iban á ser invertidos en industrias; de empresas que se formalizaban y de otras que ensancharían sus operaciones. El porvenir, sin embargo, reservaba muchos desengaños: ya veremos cómo tan optimistas pronósticos no tuvieron la fortuna de convertirse por entonces en realidades.

El señor Presidente de la Barra trabajó con sabia energía en el cumplimiento de las tareas reservadas á su Gobierno; si muchas de sus empresas quedaron incompletas ó no tuvieron el coronamiento del buen éxito, culpa es de los anormales sucesos que más tarde se registraron y no del esclarecido patriota que, más por el deseo de servir á su pueblo que por otra cosa, aceptó ocupar el lecho de Procusto en que por entonces se hallaba convertido el sillón presidencial.

CAPITULO III

El licenciamiento de los revolucionarios

Apenas se encargó de la dirección del país el Gobierno interino, se comenzó á trabajar activamente para volverlo á su vida normal. Los ferrocarriles, cuyas vías habían sido destruídas hasta paralizar el tráfico, y los telégrafos, cuyos hilos se encontraban por tierra, fueron reparados en unas cuantas semanas, y esos servicios públicos se regularizaron. El comercio y la industria que habían permanecido casi paralizados, recibieron como un gran alivio y se estableció la corriente comercial que antes ya había dado importancia enorme al país.

Se observaba que una buena voluntad inmensa era la característica de los hombres del Gobierno, y eso acabó de reafirmarle las simpatías con que el público lo distinguió desde sus principios. Esa buena voluntad se traducía en las gestiones activísimas que se hacían para solucionar los problemas que estaban planteados, y prueba absoluta de esto fué el caso que se dió de haberse presentado á las Cámaras una iniciativa de ley, por el Secretario de Hacienda, pocas horas después de haberse encargado del importante puesto. La iniciativa consultaba el gasto de ocho millones de pesos, con cargo á las reservas del Tesoro, para dar comienzo á licenciar las tropas revolucionarias y continuar algunas obras públicas.

El proyecto que se formó á fin de licenciar á los revolucionarios, indicaba que los grupos de hombres armados que habían servido á la causa triunfante, entregarían sus armas á cambio de sumas determinadas de

dinero que fluctuarían entre veinticinco y cuarenta pesos por persona, según los casos y la clase de armamento que se entregara; pero se advertía que no todos los revolucionarios se retirarían á la vida privada, sino que algunos quedarían como rurales al servicio de la Nación, para aprovechar sus servicios en combatir el bandidaje. El proyecto era bueno y muy práctico, y el Congreso, luego de haber oído las explicaciones que en nombre del Ejecutivo hiciera el Secretario de Fomento, Lic. D. Manuel Calero, aprobó la iniciativa de ley de la Secretaría de Hacienda, autorizando al Gobierno para que dispusiera de ocho millones de pesos de las Reservas del Tesoro y los aprovechase en el licenciamiento y formación de nuevos cuerpos de policía rural.

Nadie, ni siquiera los mismos jefes de la revolución, tenía idea del número de revolucionarios que permanecieran en armas. Los datos que se lograron recoger eran muy deficientes, y muy pronto se vió que los cálculos hechos eran sobrepasados de manera considerable. Consistió eso en dos causas: la dificultad de reunir violentamente á todos los grupos y contar el número de sus unidades y los abusos que á favor de aquella circunstancia comenzaron á cometerse por individuos sin conciencia de sus deberes y faltos en absoluto de patriotismo. Se dió el caso de que hombres que jamás simpatizaron con la causa de la revolución y que mientras ésta duró permanecieran en sus hogares, se levantaran en armas cuando ya se había firmado la paz y el nuevo Gobierno estaba en funciones; lo hacían, no precisamente con ánimo de combatir, sino por la esperanza de recibir el dinero de la Nación por su licenciamiento.

Tan escandaloso llegó á ser este abuso, que se pensó en la conveniencia de ir depurando la conducta que hu-

bieren observado durante la lucha los hombres armados que se presentaban para ser licenciados. Esto desagradó, como era natural, á muchos. A unos no les convenían esas averiguaciones, porque en su historia de revolucionarios tenían delitos del orden común, como asesinatos, robos y saqueos, y pensaban que al conocerse tales cosas, la justicia los castigaría. Para otros, los que empuñaron las armas con el propósito de recibir la recompensa del licenciamiento, tampoco agradaban esas inquisiciones que los orillaban á quedar descubiertos como falsos revalorarios y los exponía á sufrir la pena que su indebido propósito de lucro merecía. Unos y otros fueron descontentos; y ellos, que en su totalidad eran hombres de conciencias turbias y de principios muy flexibles, fueron á engrosar las filas de los bandoleros que por falta de una persecución eficaz merodeaban por distintos lugares del país.

Eso vino á complicar considerablemente el ya difícil problema del licenciamiento. Pero era necesario depurar la conducta de los revolucionarios, porque el Gobierno no podía permitir que se saquearan las cajas de la Nación, ni tampoco era moral que á criminales y á hombres de conducta dudosa se les diera, además de la impunidad, el encargo de dar garantías á las clases honradas y trabajadoras. Hubiera sido un contrasentido, moralmente hablando, cuando menos, dar funciones de guardián á quienes en justicia se habían hecho acreedores á la horca y á la cárcel.

Pero esa necesidad, dió motivo para que el bandolerismo encontrara muchos adeptos. En los días de la revolución, no se tuvo, ni pudieron tenerse escrúpulos de ninguna clase en aceptar todas las ayudas que se ofrecían; frecuentemente se acudió al expediente de dar libres á

las prisiones para engrosar las filas de los que combatían por los principios libertadores, y esos hombres, salidos del pudridero de las cárceles para ser soldados de un credo alto y noble, fueron entonces y lo siguieron siendo después, cuando se trató del licenciamiento, una rémora para alcanzar la paz que se apetecía. Seres libertos de los presidios, con una vida de crímenes atrás y otra vida de celdas adelante, no podían permitir que se les quitaran las armas y se les llevara de nuevo á los calabozos oscuros que antes ocuparan; para ellos, la revolución no era obra grandiosa de libertad humana, sino de libertinaje individual y de perdón para sus antiguos atentados y para los atentados que después cometieran. Dolorosas consecuencias de las revoluciones; frutos malditos de las guerras civiles; fatídicos resultantes de las luchas entre hermanos, pero necesarios, por desgracia, porque á la hora en que la pasión política ciega y hasta los cerebros más bien cultivados se dejan arrastrar por el torrente impetuoso del exterminio, nadie piensa en que los criminales á quienes se liberta ahora serán más tarde los que mantengan la anarquía y los que, desconociendo toda ley y toda autoridad, erijan al puñal en ley y á la tea incendiaria en autoridad!

Quedaba, pues, planteado frente al Gobierno, un nuevo problema que se cernía sobre la Nación como un amago: ese problema era la anarquía. La anarquía, que contaba ya con tres elementos: los revolucionarios que durante sus luchas habían cometido delitos y que, á pesar de la ley de amnistía que se decretó, estaban temerosos de sufrir castigos; los despechados, en cuyo grupo formaban los que no iban á tener cuanto sus ambiciones soñaran y los que habiendo empuñado las armas á últi-

ma hora con la esperanza de la recompensa, estaban seguros de no alcanzarla; y, por último, los presidiarios puestos en libertad que no podían hacerse la ilusión de que sus crímenes antiguos les fueran perdonados. Más tarde habría de complicarse todavía el problema por las causas que á su debido tiempo señalaremos.

El Gobierno hizo toda clase de esfuerzos para conjurar el peligro. En bien de la Nación, muchas veces llegó hasta el límite que su decoro le permitía para que la paz se cimentara en bases efectivas. A los cabecillas que se mostraban descontentos, se les ofrecía tomar en consideración sus servicios á la causa para otorgarles premios; á los que durante la lucha delinquieron, se les dijo que sus delitos serían perdonados; á los ambiciosos procuró satisfacerlos hasta donde la prudencia lo aconsejaba, y así á todos, porque antes que nada y por encima de cuantos sacrificios se necesitaran hacer, estaba la tranquilidad de la República, que significaba nada menos que el afianzamiento de los principios conquistados por la revolución y la seguridad de que ningún nuevo conflicto, que quizás pusiera en peligro nuestra vida de pueblo libre, sobrevendría con todas sus consecuencias y horrores.

Para los revolucionarios verdaderos, que fueron á la lucha impulsados por la conquista de un ideal, la noticia de que se había dispuesto su licenciamiento, en vez de serles ingrata, la recibieron con júbilo, porque eso les iba á permitir volver á sus tareas, al lado de sus familias; y hubo muchos, que dando pruebas de su desinterés y patriotismo, se retiraron sin admitir ni un centavo del Gobierno, aunque sus servicios fueran grandes y hubiesen llegado hasta sacrificar la fortuna personal

en favor de la Revolución. Pero esto, por desventura, no fué lo regular.

De los ocho millones de pesos que solicitó el Gobierno al iniciar sus tareas, seis iban á emplearse en licenciar las fuerzas revolucionarias. Allí donde era fácil cumplir con esa imperiosa necesidad de la Nación se trasladaban los interventores oficiales, recogían el armamento y parque de todos y en cambio les entregaban las cantidades que estaban autorizados para conceder. Así fueron disueltos muchos grupos de revolucionarios que combatieron en Sonora, Chihuahua, Coahuila, Durango, Hidalgo, Veracruz, México y otras partes.

En el Estado de Morelos, donde la revolución tuvo desde sus comienzos un carácter de ferocidad no igualado en parte alguna, los revolucionarios aceptaron el licenciamiento con el deliberado propósito de consumir un saqueo en las áreas nacionales. El jefe de mayor prestigio era Emiliano Zapata, hombre cruel y rudo; que soñaba en imposibles repartos de tierras y que predicaba á las sencillas gentes que lo seguían, el despojo de todos los bienes en favor del proletariado. Se trataba de un socialista bárbaro, sin la cultura de los europeos, que procedía más por interés; sin la noción de la doctrina, que procedía más por intuición que por sapiencia; y esa intuición se la ofrecía, más que su talento tosco, los odios feroces que desde la época de la conquista se tuvieron de parte de los indígenas á los encomenderos, odio de que hoy es un trasunto el que los peones y demás sirvientes de las haciendas sienten hacia el amo.

Pero el bárbaro socialismo de Zapata era dulce á los intelectos rudimentarios de la gente pobre y mal educada de Morelos; y las prédicas suyas habrían de crear fanáticos y costar cruentos sacrificios á la Patria. Tan

extraordinarios caracteres revistió el desarme de los revolucionarios de Morelos, y el tema es tan emocionante y complejo, que no podemos menos que hacer punto final aquí para tratarlo en otra parte de manera muy amplia.

CAPITULO IV

Emiliano Zapata y su actitud ante el Gobierno

Dos jefes importantes habían alzado el estandarte de la rebelión en el Sur de la República. En Guerrero, D. Ambrosio Figueroa, hombre culto, honrado á carta cabal y fervoroso partidario de los principios que proclamaba el movimiento. En Morelos, fué Emiliano Zapata, de cuya cultura y doctrinas extraordinarias ya nos hemos ocupado, quien se lanzó á la lucha, sembrando por doquiera el pánico. Entre estos dos jefes existían rancios odios y ellos más tarde habrían de agriar la cuestión que se suscitó con motivo de la actitud indomable del segundo.

Zapata, con sus dos mil y tantos hombres, había puesto, ya en las postrimerías de la revolución, un sitio á la Heroica Cuautla, cuya plaza tomó después de una brillante defensa de las tropas federales; después de la toma, concedió algunas horas de saqueo á sus hombres y se hizo una matanza horrible. Iguales actos se consumaron en otras poblaciones, y esto creó una fama de sanguinario y cruel al cabecilla.

Se creía en todas partes que Zapata era un convencido de la causa á cuyo favor se levantó en armas; pero eso no era verdad. El y los suyos no tenían más credo que la destrucción de todo cuanto existiera; hacer que el Estado de Morelos fuera abandonado por los habitan-

tes y repartirse entre el escaso grupo de alzados los terrenos, las casas y cuanto hubiera allí. En favor de su pretensión, sostenían que muchas de las haciendas comarcanas habían sido formadas por el despojo que de sus ejidos habían sufrido los pueblos y de sus terrenos particulares los pobladores; y en el nombre del supremo derecho de las reivindicaciones, querían impartirse justicia por su propia mano, recogiendo lo que aseguraban les pertenecía.

Emiliano Zapata, que era quien desde el principio de la revuelta predicara el reparto de todos los bienes en favor de los que se le unieran para luchar por la causa suya, se conquistó muy pronto numerosos adeptos, y en poquísimas semanas casi no hubo un desvalido en Morelos que no viera en el terrible cabecilla á su providencia. Fué el hombre más popular y querido de sus conterráneos por aquella época.

Creía que ser revolucionario era tener derecho á todos los bienes aunque no hubiera costado sacrificio alguno el crearlos, y porque suponía que los maderistas, por el simple hecho de serlo, iban á recibir la sanción de todos sus actos cuando el señor Madero se encontrara en la Presidencia de la República. Y sólo por eso y por el respeto especial que tenía para el Jefe de la revolución, suspendió las hostilidades al saber que la paz se había firmado en Ciudad Juárez. Creía que en seguida iba á sancionarse el reparto de tierras.

El Gobierno interino siempre tuvo motivos para desconfiar de la sinceridad de Zapata, y pretendió licenciar á sus tropas violentamente. El cabecilla no opuso alguna resistencia, y menos cuando supo que él quedaría al frente de algunos de sus hombres con el carácter de policía rural; pero ya de antemano tenía formado su

plan, que era el de no entregar sus pertrechos de guerra ni hacer que sus soldados se retiraran á sus casas, si antes no se daba á cada uno la parcela de terreno á que se creían con derecho.

La Secretaría de Gobernación, que era la encargada de licenciar á los revolucionarios y de escoger á los grupos que habrían de quedar como rurales, nombró sus interventores para disolver á la gente de Zapata, y tras de muchas esperas y vacilaciones del cabecilla se logró que se juntaran unos cuantos de sus subordinados, á quienes fué entregándose una suma de dinero. Ellos, en cambio, no dieron más que armas inservibles y caballos de desecho. Luego se comprendió la mala fe con que procedía Zapata.

Pero, á pesar de todo esto, el Gobierno continuó su política de mesura y de prudencia, porque sabía que al menor asomo de fuerza ó de imposición de parte suya, sobrevendrían conflictos graves y que precipitarían al país á la catástrofe. Y eso era lo que trataba de evitarse á toda costa.

Sabiéndose la influencia que ejercía sobre el ánimo del impetuoso cabecilla el Jefe de la Revolución, se aceptó el ofrecimiento que éste hizo de ir á conferenciar con el rebelde para hacerlo que reconociera la legitimidad del Gobierno y entregara sus armas. El resultado de la conferencia fué que Zapata prometió sumisión á Madero y que, por los consejos de éste aceptara el licenciamiento. Antes de la intervención del Sr. Madero, se habían destacado algunas tropas para perseguir y someter por la fuerza al cabecilla en vista de su actitud insubordinada, pero como él ofreciera al Jefe de la revolución entregar sus armas y desbandar sus tropas si se retiraban los federales y el suriano Ambrosio Figueroa

no penetraba con sus huestes al Estado de Morelos, se accedió á sus deseos con la esperanza de que cumpliría su promesa. Retiradas á distancia conveniente las fuerzas de la Federación, dió principio por segunda vez el licenciamiento y aunque de nuevo se les repartió dinero, los hombres de Zapata no entregaron sus armas servibles sino las que tenían como inútiles. Un tercer licenciamiento, mediando también dinero, no dió mejores resultados y entonces, agotada ya la prudencia del Gobierno y en vista de que hasta su decoro y el decoro nacional peligraban tratando con un individuo de los antecedentes de Emiliano Zapata y que se mostraba receloso y hasta agresivo, dió por resultado que se ordenara una enérgica persecución que no había de cesar sino cuando no permaneciera en Morelos ningún hombre con armas y fuera de la acción de las autoridades.

Partidas más ó menos numerosas de gentes levantadas en armas recorrían el Estado de Morelos en toda su extensión, haciendo á veces incursiones por Puebla, México y Tlaxcala. Esas partidas eran pertenecientes á las tropas de Zapata, pero en aquella época, cuando se esperaba que el cabecilla se rindiera, se negó la filiación de ellas asegurándose que sólo eran grupos de bandidos. Crímenes atroces que indignaron profundamente á la sociedad mexicana y que provocaron protestas del mismo extranjero, estuvieron cometándose en los lugares donde las hordas vandálicas caían como una furia. Fué uno de los más espantosos el que ocurrió en la fábrica "La Covadonga." Allí trabajaban, como en muchas otras de los Estados de Morelos y Puebla, numerosos individuos de nacionalidad española contra quienes existe de parte de nuestro pueblo bajo cierta animosidad, que no viene á ser más que un resto del odio que se tenía

antaño para los encomenderos. Una partida de bandidos perteneciente á las masas de Emiliano Zapata, llegó una tarde á la finca, y como los dependientes españoles se apresuraran á tomar una actitud defensiva, se trabó un combate que vino á concluir con la fuga de los defensores y la muerte de algunos de ellos.

Penetraron los asaltantes á la fábrica y cometieron un saqueo de cuanto encontraron; á las personas que trabajaban allí les dieron muerte horrible, pues las sujetaron previamente á mutilaciones salvajes, y luego, realizaron la parte más espantosa del crimen. Cerca de la fábrica vivían unas familias alemanas cuyos jefes prestaban sus servicios en "La Covadonga." Ni uno solo de los alemanes había tratado de oponerse á la invasión de los asaltantes, ni contra ninguno de ellos había motivo de disgusto por parte de los criminales; sin embargo, algunos de éstos, luego que acabaron de hacer la matanza y el saqueo en la fábrica, se encaminaron á las casas de los alemanes y penetrando por la fuerza, violaron á las mujeres en presencia de sus esposos y después á unas y otros les dieron muerte. Ese crimen motivó una enérgica protesta de parte del pueblo de México, y el Gobierno germánico, por conducto de su Legación en esta capital, presentó una reclamación al nuestro.

Mientras que todos estos acontecimientos ocurrían, Emiliano Zapata se enfrentaba resueltamente á la sociedad, y seguido de sus chusmas cometía toda clase de crímenes en los lugares que tocaba. Morelos se despobló rápidamente; grandes caravanas de familias que huían de las hordas llenaban los caminos donde eran asaltadas y befadas; la riqueza pública se mermó por completo y pueblos de importancia desaparecieron, porque los zapatistas los iban incendiando.

Lo más grave era que Zapata tenía muchos adeptos, porque, unos por miedo y otros alucinados por sus prédicas socialistas, lo seguían en tumulto especialmente los peones y jornaleros de las fincas azucareras, y cada día que pasaba recibía un contingente numeroso de hombres. La anarquía, la que más era temida por el Gobierno Federal, paseó su bandera de exterminio por todo el Estado y pasando sus fronteras, fué también á ejecutar su nefanda obra en Tlaxcala, Puebla, Oaxaca, México y hasta en las goteras de la capital de la República. El problema, que se rehuía por ser de difícilísima resolución, ya estaba allí, segando vidas y destruyendo bienes; ahora el Gobierno estaba en la obligación de asumir ante la Historia y la Humanidad las responsabilidades que le resultaran de no mostrarse enérgico en perseguir lo que no era revolución, sino bandidaje; lo que no era una lucha de principios, sino una serie de asaltos y asesinatos.

Como habrá podido verse, á medida que el tiempo iba trascurriendo la misión del Presidente interino era más delicada y difícil; la sociedad, sin embargo, tenía confianza en él y á cada nueva desazón para el país, á cada nueva complicación que aparecía, más lo apoyaba y más calurosamente le mostraba sus simpatías.

CAPITULO V

Cunde la anarquía por el país

Mientras que en el Estado de Morelos el cabecilla Zapata se constituía en el terror de las gentes honradas, nuevas dificultades vinieron á presentarse á la obra pacificadora del Gobierno.

En el Estado de Sinaloa, los grupos de revoluciona-

rios opusieron mucha resistencia para ser licenciados, y cuando pudo, en parte, lograrse esto, se desató sobre la Entidad una verdadera plaga de envidias. Las intrigas estaban á la orden del día. Los telegramas que se mandaban desde el lejano Estado eran contradictorios, y sólo, después de leer muchos de ellos se ponía en claro una cosa: que la anarquía también amenazaba invadir á la región.

Los indios yaquis, los eternos enemigos de la raza blanca, los formidables opositores á todo progreso y á toda civilización que habían venido luchando contra el Gobierno desde luengos años, logrando mantenerse muchas ocasiones en estado de absoluta independencia del Gobierno Federal, habían sido reducidos á una cuasi impotencia por el Presidente Díaz tras una campaña sangrienta y dilatada; y durante la revolución permanecieron en calma. Ellos creían que al ser derrocado el Gobierno que los sometiera, recobrarían su completa libertad; que otra vez podrían incursionar por sus abruptas serranías en busca de pillajes y asesinatos; que la causa de la civilización y del progreso, que sin ellos tanto había ganado, retrocedería. Y como durante los meses que permanecieron sin la vigilancia de tropas les fué fácil proveerse de armamento y parque en los Estados Unidos, al acabarse la lucha entre la revolución y el Gobierno se encontraron en condiciones sumamente ventajosas para trastornar por su cuenta el orden.

Sin embargo de esto, como tenían una idea muy imprecisa de cuáles eran los ideales de la revolución, mandaron sus delegados á México para que aquí conferenciaran con el nuevo Presidente y con el Sr. Madero y saber los beneficios que podrían recibir del estado de cosas que acababa de inaugurarse. Se les dijo que vi-